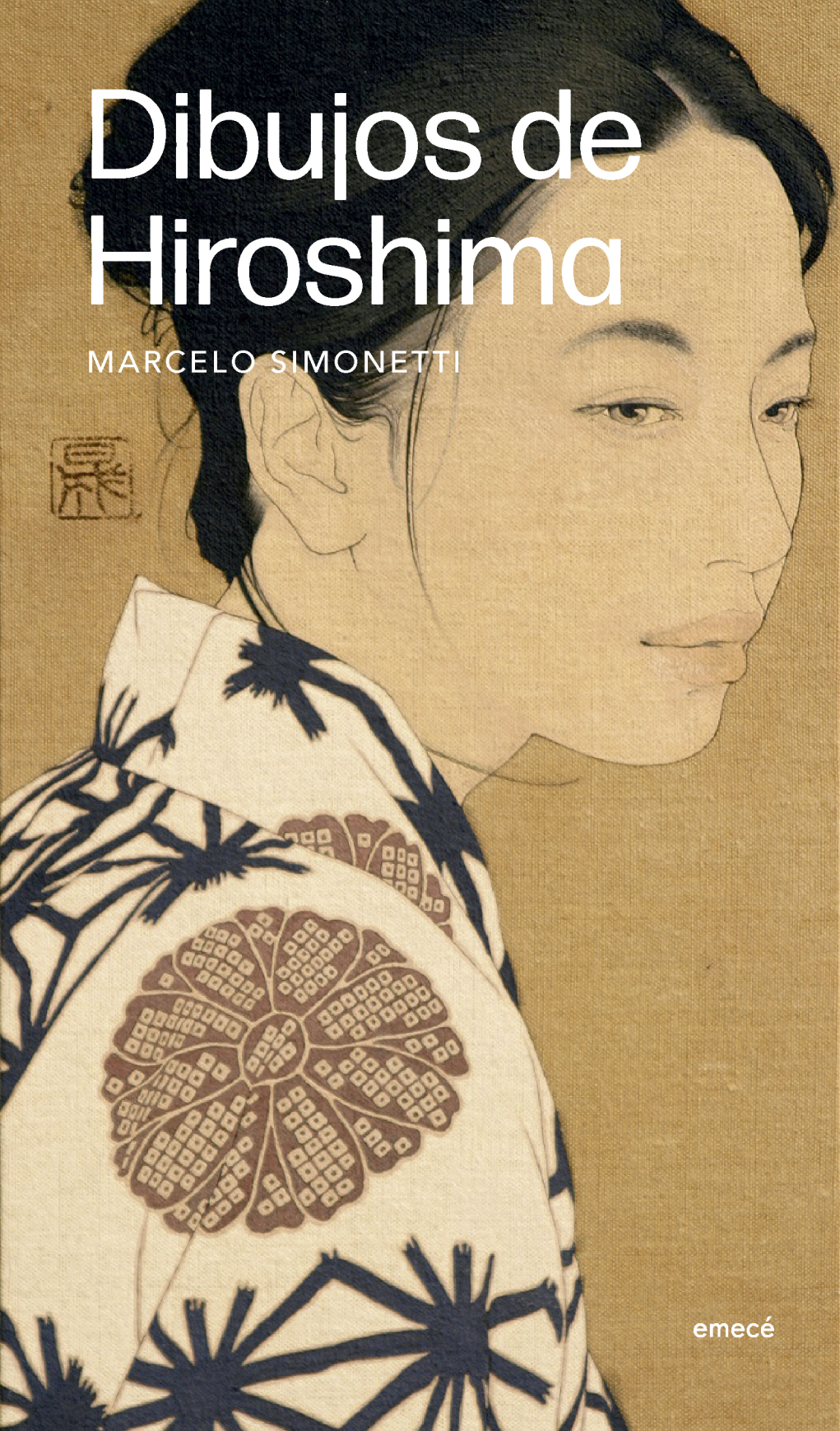


Dibujos de Hiroshima

MARCELO SIMONETTI



emecé

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Marcelo Simonetti

Derechos exclusivos de edición

© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia,
Santiago de Chile

Diseño de colección: Isabel de la Fuente

Ilustración de portada: Ikenaga Yasunari

1ª edición: abril de 2020

Inscripción N°: 1257

ISBN: 978-956-9956-46-1

Impreso en: Gráfika Impresores Ltda.

Dibujos de Hiroshima

MARCELO SIMONETTI

emecé

Cuando uno ve el tazón, se olvida de los defectos del antiguo dueño.

*La vida de mi padre fue sólo una pequeña parte
de la vida de un tazón de té.*

YASUNARI KAWABATA, *Mil grullas*

En noches como esta, abro el maletín del maestro.

En su interior no hay nada, solo un vacío que se extiende.

Un enorme vacío que crece sin parar.

HIROMI KAWAKAMI, *El cielo es azul, la tierra blanca*

*Creo que una de las cosas que más molestó durante años
a mucha gente fue que jamás me haya arrepentido.*

*Nunca perdí una noche de sueño
por la bomba de Hiroshima.*

PAUL TIBBETS, piloto del Enola Gay

Una historia llama a la puerta

Del día en que su abuelo murió, Yasuhiro Nakata recordaba dos cosas: la mariposa que entró al dormitorio pocos segundos después de que dejara de respirar y las últimas palabras que salieron de su boca, las que, en rigor, fueron una sola: «Hiroshima, Hiroshima». A nadie le sorprendió que, ante la inminencia de la muerte, el abuelo recordara la ciudad donde había nacido y vivido hasta que sus padres optaron por una vida distinta al otro lado del mundo. Sin embargo, para Yasuhiro esas palabras encerraban algo más, una suerte de mensaje cifrado que el abuelo había dejado caer como si develara una cuenta pendiente.

El abuelo no había sido un japonés tradicional. Los años en Valparaíso terminaron por convertirlo en un personaje distinto, una especie única, difícil de asir. En sus modos se escondía un aire minimalista, tan propio de sus compatriotas; la pausa y la contemplación como ideologías de vida. A esto se sumaba una pasión por la caligrafía oriental y sus derivados. Podía pasar horas solo, encerrado en su estudio, empeñado en esas

formas tan particulares de la escritura japonesa. Pero casi con la misma asiduidad le gustaba confundirse con los habitantes del puerto, entretenerse con ellos en los mercados, en las fuentes de soda, en los ascensores que lo llevaban y traían de los cerros. Yasuhiro siempre tuvo la sensación de que, mezclado entre la gente, su abuelo buscaba algo parecido a una respuesta, la pista de un rompecabezas que no podía armar del todo.

Suponía también que esas tardes en las que permanecía largos minutos en el muelle Prat, viendo el movimiento de las lanchas, de los barcos, con el pretexto de fumar un cigarro, y luego otro, y otro más, el abuelo trataba de conectarse con un territorio que estaba lejos del que habitaba. Tal vez era Hiroshima, tal vez el mundo de los muertos, tal vez otro que Yasuhiro no podía imaginar.



Toda la familia Nakata se había librado del horror de la bomba. La previsión de los mayores los empujó a dejar Hiroshima el verano de 1937. Aunque inicialmente resolvieron radicarse en Perú, donde había una abundante colonia japonesa —incluida una tía abuela que fue una de las precursoras de la cocina nikkei en Lima—, un malentendido los hizo no descender del barco una vez que este atracara en el puerto del Callao. Días más tarde, cuando recalaron en Valparaíso, quedaron maravillados con esa ciudad que se desplegaba frente a

ellos con la irregularidad de una ostra. El abuelo de Yasuhiro tenía once años entonces.



El devenir de la guerra trajo días duros para la familia Nakata. El bombardeo a Pearl Harbor y los rumores de un ataque japonés a las costas chilenas generaron recelo. Pasaron a ser los otros, los del bando contrario. Comenzaron a ser vistos con sospecha. Les quitaron el saludo. Varios japoneses fueron detenidos y enviados a lugares remotos acusados de espionaje y otros delitos difíciles de comprobar. Cuando los aliados dejaron caer la bomba sobre Hiroshima hubo quienes celebraron delante de sus narices. Los festejos se repitieron con la bomba en Nagasaki. Los Nakata no tuvieron tiempo de compadecerse de la suerte de sus compatriotas; tampoco de la propia. Entendieron que había solo dos caminos: huir, iniciar una nueva vida en otro lugar, o dejar de honrar la memoria de sus antepasados. Por el bien de ellos, por el bien de sus hijos, prefirieron el olvido.



El tiempo suele curar las heridas, pero debieron pasar varios años para que la guerra fuera parte del pasado y los Nakata volvieran a ser los que alguna vez habían sido para sus vecinos. Debieron armarse de paciencia y resistir las humillaciones. Hacer vista gorda a las miradas de desprecio y

convencerse a sí mismos de que no eran culpables de nada. Las sonrisas y los «buenos días, señor Nakata» reaparecieron de a poco, con la misma sutileza del viento de primavera. El abuelo de Yasuhiro consiguió ganarse la vida abriendo un centro de lavado: lavaba, secaba, planchaba. Vivió de eso hasta la mañana en que su corazón dejó de funcionar, hasta el día en que una mariposa entró en su dormitorio segundos después de pronunciar sus últimas palabras que, en rigor, fueron solo una: «Hiroshima, Hiroshima».



Lentamente, los Nakata fueron acostumbrándose a la ausencia del abuelo. Diría que se dejaron llevar por esa lógica de tristeza, recuerdos y olvido que impone el duelo; todos menos Yasuhiro, quien estaba convencido de que el viejo Ryu sobrevivía en las palabras no dichas, en las historias no contadas, en los silencios. Hubo ocasiones en que creyó verlo regresar, oía la llave en la cerradura, sus pasos, el silbido de siempre y, sin embargo, nada ocurría. O al menos no de la manera en que Yasuhiro hubiera querido.

Sin buscarlo, comenzó a repetir algunas de las rutinas del abuelo: entraba y salía de los mercados, los domingos pasaba por una malta con huevo en la fuente de soda de turno, subía y bajaba de los cerros en el ascensor Reina Victoria. También llegaba hasta el muelle Prat para ver cómo las lanchas y los barcos se mecían en el agua antes de

poner en marcha sus motores y perderse allá lejos, en el horizonte. Era una forma de mantenerlo vivo, de resistir.

Supuso que todo eso era algo normal, parte del tránsito que cualquier deudo debía atravesar. Pero, cuando el abuelo se hizo una presencia recurrente en sus sueños, intuyó que su historia no había terminado de escribirse.

En uno de esos sueños, Yasuhiro seguía a su abuelo por una Hiroshima brumosa. Iba tras sus pasos procurando no perderlo de vista. Era una batalla no declarada contra la niebla que envolvía al abuelo como si quisiera tragarlo. Las zancadas de Yasuhiro se hacían cada vez más largas y dolorosas, porque, a pesar de sus esfuerzos, la figura del abuelo se difuminaba en medio de la bruma, así, hasta desaparecer del todo. Entonces, un ruido soterrado inundaba el sueño, un ruido que se hacía insoportable, que crecía hasta convertirse en un silencio triste.

En otro de los sueños, el abuelo era un niño que lo miraba desde una ventana trizada, mientras los pájaros se estrellaban torpes y porfiados contra el vidrio.



El estudio del abuelo permaneció inalterable desde el día de su fallecimiento. Una mezcla de pudor y respeto llevó a los padres de Yasuhiro a concluir que eso era lo más prudente. Había también cierta inexperiencia para lidiar con la muerte;

siempre tan engorrosa, siempre tan a destiempo. Por lo mismo, el estudio pasó a ser un lugar que los Nakata ignoraban, como si no existiera.

Un día, Yasuhiro giró la llave de la puerta y se coló hasta el estudio. Le resultó extraño ingresar a ese orden tan propio del abuelo, tan Ryu. De no mediar una finísima capa de polvo que cubría los muebles, cualquiera pudo haber asegurado que el más viejo de los Nakata acababa de salir de ahí. La luz que ingresaba desde una ventana superior —las celosías impedían el paso por las ventanas inferiores— parecía confirmar aquello, brindándole a ese mediodía una cotidianidad mayor.

Yasuhiro buscaba algo, pero no sabía qué. Revisó la agenda del abuelo, también algunos cuadernos de anotaciones y una veintena de libros sin encontrar nada que valiera la pena. Cuando ya se daba por vencido, en uno de los cajones del escritorio halló una caja metálica circular del tamaño de un vinilo. Le llamó la atención el diseño, era plateada y en sobrerrelieve aparecía un árbol que a Yasuhiro le recordó el hongo atómico que se levantó en Hiroshima en agosto de 1945. Dentro de la caja había unos dibujos con trazo infantil, unos papeles de arroz sobre los cuales se desplegaban las formas de la caligrafía japonesa. En el fondo, un par de cartas dobladas cuidadosamente y unos poemas en los que pudo reconocer la letra del abuelo.

Uno de esos poemas se titulaba «Mañana» y decía así: «Sueñan: / un obrero sueña, clavando la piqueta, / con el sudor convertido en cicatrices /

por la explosión. / Una esposa sueña, inclinada sobre la máquina de coser, / entre el olor enfermo de su piel desprendida. / Una vendedora de boletos sueña con las cicatrices ocultas, / como pinzas de cangrejo, en ambos brazos. / Un vendedor de cigarrillos sueña / con astillas de cristal clavadas en el cuello. / Sueñan: / que gracias a un elemento hecho de pechblenda y canotita, / mediante una interminable cadena de energía, / los desiertos hambrientos se convierten en fértiles campos; / que brillantes canales circundan la ladera de montañas labradas; / en ciudades y pueblos contruidos de oro puro, / bajo soles artificiales, en los desiertos del Ártico. / Sueñan: / que banderas de fiestas ondean / a la sombra de árboles donde descansan los trabajadores / y labios benignos relatan las leyendas de Hiroshima. / Sueñan: que esos cerdos con forma humana, / que no saben emplear el poder del centro de la tierra si no es para matar, / sobreviven solo en libros ilustrados para niños; / que la energía de diez millones de caballos de vapor por gramo, / mil veces más fuerte que el más poderoso de los explosivos, / será puesta por el átomo en manos de la gente; / que la rica cosecha de la ciencia se transmitirá en paz a la gente, / como racimos de suculentas uvas, / húmedas de rocío... recogidas al amanecer».

Cuando terminó de leer, Yasuhiro sintió como si un fuego lo quemara por dentro. Guardó el poema dentro de la caja circular y, sigilosamente, salió de la sala con ella bajo el brazo.



Yasuhiro lee el poema en la cama. Lo lee una y otra vez. Las yemas de sus dedos sostienen el papel y sus ojos bailan entre palabra y palabra, titilan, se humedecen. Lo emociona esa particular forma de comunicarse con su abuelo, el viaje que puede hacer desde esos versos al corazón del viejo Ryu. Yasuhiro siente que por primera vez en toda su vida está llegando a ese planeta perdido que es la intimidad del mayor de los Nakata. Piensa en una nave espacial que roza la velocidad de la luz y que se adentra en un universo oscuro y desconocido. Imagina que en ese viaje no va solo, que lo acompaña precisamente el comandante Ryu. Entonces le habla y le dice todo lo que nunca le dijo o lo que ahora piensa que debió decirle. ¿Por qué nunca me hablaste de Hiroshima?, ¿por qué nunca me mostraste estos poemas?, ¿por qué nunca nos dimos el tiempo de conversar todo un día, toda una semana, todo un mes?, ¿por qué te fuiste, abuelo? Está tan inmerso en ese viaje imaginario, en los comandos de la nave espacial, que no se da cuenta de que comienza a llorar. Yasuhiro no es un sentimental, pero se ha puesto a llorar como un niño de cuatro años. Lo advierte cuando una de esas lágrimas cae sobre el poema y humedece el papel justo encima de la palabra «sueñan». Él observa esa peculiar circunstancia y no evita la sonrisa que se le dibuja en el acto. No puede ser una casualidad ni consecuencia del azar, piensa. Vuelve a mirar la lágrima en el papel

y se convence de que, de una manera que él no llega a comprender del todo, el abuelo está tratando de decirle algo, que desde un territorio que él no puede vislumbrar el abuelo está tratando de hacerse oír, que sigue ahí, que nunca se ha ido de su lado, como nunca, tampoco, se fue de Hiroshima. Lee el poema una vez más, acomoda la cabeza en la almohada y cierra los ojos. Cuando lo hace, sigue volando dentro de la nave espacial junto al comandante Ryu.



Dentro de las cartas que el abuelo guardaba, hubo una en particular que llamó la atención de Yasuhiro. Ya el «querido y recordado Ryu» que encabezaba la página le resultó sorprendente. Las líneas que seguían no abandonaban el tono cercano y cariñoso con el que un tal Tadao interpelaba a su «viejo amigo». La carta detallaba la vida en Hiroshima, la forma en que el paso de los días iba cambiando la cara de la ciudad, el espectáculo de los cerezos en flor. También se adentraba en cuestiones familiares como el nacimiento de su primera nieta, Akiko, y la enfermedad que aquejaba a su padre. Finalmente, a lo largo de cuatro párrafos, se dedicaba a enumerar los motivos que el abuelo de Yasuhiro debía considerar para alentar el regreso. «Deberías volver, querido Ryu. Aunque solo sea por unos días. La ciudad ya no es la misma que alguna vez conociste. Ni siquiera es la misma de hace diez o veinte años. Pero acá están

tus raíces, las calles que te vieron crecer, el aire de la infancia, la materia prima de tus emociones y afectos». La correspondencia cerraba con un «siempre estás en mis recuerdos, Tadao».

La lectura de la carta dejó confundido a Yasuhiro. ¿Cómo nunca antes nadie había mencionado a este amigo del abuelo?, ¿por qué ni siquiera él había dicho que mantenía contacto con alguien que vivía en Hiroshima?, ¿sus padres estaban enterados de esto?

Tendría que averiguarlo.



La madre de Yasuhiro dejó los anteojos y la novela que estaba leyendo sobre la mesa. Dirigió su mirada hacia la puerta que daba a la calle y, casi instintivamente, se acomodó el pelo que siempre llevaba corto. Le tomó unos segundos recordar.

—Sí, claro. Prácticamente lo había olvidado, pero es cierto, de tanto en tanto al abuelo le llegaban cartas desde Japón. Pero ya sabes cómo era, nunca comentó nada. Yo tampoco le pregunté.

El padre de Yasuhiro —en cuyos ojos descansaba la impronta de la herencia japonesa— recordaba haber oído al abuelo hablar de un amigo que le contaba noticias de Hiroshima y creía recordar, también, que alguna vez él había viajado a Chile para visitarlo.

—Nunca lo vi. Tampoco recuerdo su nombre —dijo, sentado en el sofá, mientras manipulaba

el control remoto del televisor—. Tengo la idea de que alguna vez recibió la visita de alguien que había viajado desde Hiroshima. Pero, como dice la mamá, él no hablaba mucho. Todo lo que yo sé de Hiroshima, lo poco y nada que sé de la vida de nuestros antepasados, lo conozco porque me lo contó mi abuela.

—Se llamaba Tadao.

—¿Cómo?

—El amigo del abuelo. El que le escribía. O el que alguna vez le escribió. Tadao.

—No. No me suena. ¿Tú escuchaste alguna vez algo sobre un Tadao?

—No.

—¿Por qué nunca regresaron?, ¿por qué nadie de la familia quiso volver a Hiroshima?, por último de vacaciones.

—No lo sé. Nosotros, al menos, no tenemos a nadie allá. Y tu abuelo, quién sabe, a lo mejor tenía un poco de miedo.

—¿Un poco de miedo?

—Sí —dijo a la vez que dejaba el control remoto en el sofá y se sumaba a la mesa donde estaba su mujer y Yasuhiro—. Miedo a no reconocer la ciudad que dejó. Recuerda que él viajó antes de la bomba. Si yo hubiera sido él tampoco habría regresado.

—¿Ustedes sabían que el abuelo escribía poemas?

—¿El abuelo poeta? No creo...

—Escuchen esto: «Devuélvanme a mi padre, / devuélvanme a mi madre, / devuélvanme a mi abuelo y a mi abuela; / devuélvanme a mis hijos y a mis hijas, / devuélvanme a mí mismo./ Devuélvanme a la raza humana. / Mientras esta vida dure, esta vida, / devuélvanme la paz, / que nunca se acabe».

—¿Eso lo escribió el abuelo?

—Estaba entre sus papeles junto a otros poemas. Es su letra. Miren —dijo Yasuhiro y les alcanzó la hoja de papel de arroz en la que el abuelo había escrito el poema.

—Ese poema no es de él.

—Es su letra.

—Sí, pero no es de él. Yo lo conozco. Lo he leído. No sé dónde, pero lo he leído. Estoy seguro.



En verdad, ese poema —que se titulaba «Devuélvanme a la gente»— era de Sankichi Tōge, el abuelo lo había transcrito junto a un par más. Yasuhiro supuso que había en ellos lo que suele haber en la mayoría de los buenos poemas, una verdad más cierta y más profunda que la verdad de los hechos. Eso debió ver el abuelo en los versos de Tōge. Al igual que él, Tōge había nacido en Hiroshima pero nunca abandonó su tierra. Estudió comercio para emplearse luego en la compañía de gas de la ciudad. Alternaba su trabajo de oficinista con la escritura de poemas de amor. Uno de

los estudiosos de su obra apunta que «la estética que la poesía de Sankichi Tōge alcanzó luego de la bomba en Hiroshima está a años luz de aquello que escribía cuando su ciudad natal estaba lejos del horror y la barbarie».

El 6 de agosto de 1945, Tōge estaba exactamente a tres kilómetros del lugar donde cayó la bomba. Como todos los habitantes de Hiroshima, apenas pudo reaccionar: la luz blanca lo cegó y la onda expansiva lo elevó y lo lanzó a varios metros de distancia de donde desayunaba. Sobrevivió. El tiempo suficiente para escribir los poemas de la bomba atómica. En 1949 fue hospitalizado por una afección pulmonar. En 1953 murió a consecuencia de la radiación. Tenía solo treinta y seis años.

Yasuhiro volvió a leer los poemas de Sankichi Tōge. Cerró los ojos y trató de imaginar las cosas que hubiera escrito el abuelo. No pudo hacerlo. La tristeza lo venció.



En las semanas siguientes, Yasuhiro buscó más información sobre Hiroshima y sobre los orígenes de la familia Nakata. Incluso fue hasta la Embajada de Japón, en Santiago. Todo resultó en vano. Era como buscar un grano de arena en el desierto; si al menos hubiera sabido qué era lo que quería encontrar. La imagen del abuelo profiriendo esas últimas palabras —que en verdad fueron solo una— volvía a él cada tanto, pero cada vez con

menos fuerza. Hiroshima fue quedando de lado y las obligaciones propias de la vida universitaria, lo mismo que su relación con Alejandra —con quien no sobrepasaba el año de pololeo— lo llevaron a olvidarse del asunto.

—Suéltalo. Deja que el recuerdo de tu abuelo se vaya. Le hará bien a él, también a ti —le dijo Alejandra una tarde, recostados sobre el pasto de los jardines universitarios.

—No hay nada malo en recordar.

—Pero hay formas y formas de hacerlo.

—Quizá tengas razón —dijo Yasuhiro y con delicadeza le tomó la cara con las manos y se acercó para besarla.



Un beso también puede ser un viaje, piensa Yasuhiro; un viaje en cámara lenta, largo y húmedo. Le gustan los besos de Alejandra: su lengua atrevida, sus labios gruesos, su nariz que cada tanto choca contra la suya como las espadas de dos samuráis torpes. Entonces sonríe, toma distancia, abre los ojos y los vuelve a cerrar. Retoma el viaje así, a ciegas, desenchufado. Un beso es un viaje *unplugged*, piensa, mientras las manos, el cuerpo y las ganas de Alejandra lo van envolviendo y embriagando. Sabe que tarde o temprano ese beso se convertirá en otra cosa, que lo que se desea con entusiasmo y alevosía inevitablemente termina convertido en realidad, que los cuerpos hablan por sí solos, que

cruzando cierto umbral es difícil gobernarse. Si el beso es un viaje en cámara lenta, largo y húmedo, el sexo es la aventura mayor, el viaje de los viajes. La vuelta al mundo. Yasuhiro no sabe por qué cada vez que la palabra sexo aparece en su cabeza como un letrero luminoso piensa en Woodstock, aunque él ni siquiera había nacido para cuando ese festival cambió el curso del rock mundial. Ahora que besa a Alejandra, imagina que ellos dos están en Woodstock, que están abrazados sobre el pasto, que llueve, que el olor a marihuana se extiende como la atmósfera de una novela de Kawabata y que hacen el amor en medio de una multitud que ni siquiera les presta atención, ocupada de acompañar a Janis Joplin que canta «Piece of My Heart» allá arriba, sobre el escenario. *Take another little piece of My Heart now, baby! Oh, oh, break it! Break another little bit of my heart now, darling, yeah, yeah, yeah.*



El profesor Ramírez tenía una particular manera de entender las palabras. Se paseaba delante de la clase eligiendo con cuidado cada una de ellas. Como si antes de salir de su boca las paladeara, igual como se hace con un buen vino. «En las palabras está el secreto de todo. No solo denotan y connotan. También nos movilizan, nos doblegan, nos provocan hacer algo. Ahí reside su importancia mayor», decía, imprimiendo cierta teatralidad a sus movimientos. Todos los estudiantes caían